

En el ambiente —tal vez por pura coincidencia geográfica o puntos de contacto originarios— Suárez se muestra valle-inclanESCO en determinados momentos, y en otros pasajes, excesivamente tipicista, con premeditado afán de retratar la realidad, más que de conseguir buen campo para las evoluciones novelísticas de sus personajes. Por eso se le queda pequeño muchas veces, tal vez porque el personaje lo pensó demasiado en grande. Tan en grande, que escapa de los problemas propios de la rusticidad en que está situado, para presentársenos con conciencia y mentalidad universitaria, con conflictos y dudas típicamente intelectuales. Juan de Escuderos, personaje rústico, centrado en un ambiente de rusticidad indudable, no puede llegar a disquisiciones y sutilezas que están fuera del espíritu rural. Todos estos problemas, en su mente, aunque llegando a idéntica conclusión, tenían que haberse resuelto de una manera más sencilla y con un planteamiento simplista. Y es muy probable que así planteados hubieran ganado en grandeza y emotividad.

Mas esto, que si lo apuntamos no es en calidad de falta, es producto de una limitación de idioma que se observa a través de toda la novela. Limitación en el juego de la palabra y en la proyección de las palabras hacia la imagen. Cosa que la juventud de este indudable novelista que nos aparece con Marcial Suárez, corregirá en su marcha hacia la madurez.

EUGENIO MEDIANO FLORES.

"ALBERTO", por JOSE LOPEZ RUBIO.—Editora Nacional.—Madrid, 1949.

Hace unos meses que D. Luis Escobar y D. Huberto Pérez de la Osa tuvieron el acierto de llevar al escenario lleno de solera y de nostalgia del María Guerrero una comedia de José López Rubio. *Alberto*, que tal es el nombre de ésta, llevó a la sala de la Princesa mucho público, y la crítica se mostró, de un modo casi unánime, satisfecha por la vuelta al teatro de un escritor dotado de la gracia y del talento de José López Rubio.

Por su regreso y por hacerlo con una comedia de singulares valores, como era, como es, diremos mejor, ya que continúa vigente en los escenarios españoles, *Alberto*. Ahora, cuando aun resuenan en diversas salas provincianas los aplausos al final de cada uno de

los tres actos que la forman; cuando aun los críticos hacen su elogio y José López Rubio saluda desde el palco escénico, nos llega, en un tomo de elegante factura tipográfica, esta comedia, con la que se prueba que no es total, ni mucho menos, la decadencia de nuestro teatro. Y antes de hacer un comentario breve, una crítica entre teatral y bibliográfica, como cuadra al caso presente, señalemos el acierto de la Editora Nacional al dar a la estampa esta comedia, que de este modo podrá llegar a amplísimos sectores de público a donde la farsa escénica no llega, a la vez que quedará salvada de la pérdida que representa la obra teatral no recogida en volúmenes.

Y cumplido con este deber, sentémonos en la butaca y escuchemos a los hombres y las mujeres de *Alberto* en sus parlamentos sobre un escenario que tiene todo el encanto y la elegancia que Vicente Viudes sabe dar a los que proyecta. Veamos y escuchemos a Elvira Noriega y a Pepita Velázquez, a Carmen Seco y Cándida Losada, a Luis Prendes y Gaspar Campos, a Salvador Soler Mari y a Manuel Marqués, con igual cuidado que si al terminar el tercer acto hubiéramos de salir corriendo del teatro para escribir con urgencia un comentario crítico cargado de pasión por el teatro y de imparcialidad absoluta por la obra.

Hemos dicho que queremos ser imparciales, y, en efecto, lo somos. La obra de José López Rubio tiene un encanto y un aire literario como no es del todo frecuente encontrar en las comedias que andan por los escenarios del mundo contemporáneo.

*Alberto*, desde su inicio hasta el fin, no deja de tener interés, que se hace creciente, más vivo y fuerte. Y a la par que éste va subiendo, sube también el alto tono poético que José López Rubio ha sabido dar a su comedia. Un problema no del todo nuevo es el de ésta, pero el arte con que se ha trazado, las situaciones planteadas, el clima escénico, le dan á aquélla una gran novedad, y, sobre todo, volvamos a repetirlo, un aire literario que coloca a esta comedia entre las primeras estrenadas en estos últimos años.

Es posible que algún lector tema demasiado por el «aire literario» de *Alberto*, que crea, en la frase vulgar, que es —perdón por el vocablo— un «rollo». Nada más lejos de aquello, nada más equivocado. Es su lenguaje, su contextura noble, las ideas de sus personajes, las que le dan aquél y la hacen encantadora y la ponen al alcance del entendimiento de todos los públicos.

Comedias como *Alberto* son las que tienen que educar al «respectable», demasiado aficionado al folklorismo y a las astracanadas,

las que tienen que ir levantando al teatro español contemporáneo y dándole el rango y el tono que siempre tuvo y que hoy, por fortuna, y *Alberto* es buena prueba, no ha perdido del todo.

J. S.

**"INVESTIGACIONES MADRILEÑAS"**, por el CONDE DE  
POLENTINOS.—Ediciones de la Sección de Cultura  
del Ayuntamiento de Madrid.—1949.

Pura y rígida investigación es la norma que preside toda la obra de D. Aurelio Colmenares, conde de Polentinos. Gran enamorado de Madrid y de su historia, Polentinos trabajó mucho, y lo hizo bien, a lo largo de toda una amplia vida, en que los temas históricos fueron los que consumieron por entero sus afanes de investigador. En el trabajo diario de la investigación, Polentinos buscó como temas predilectos el Madrid histórico y monumental.

Aquellos de los edificios cargados de grandeza histórica y de singular belleza arquitectónica son en los que D. Aurelio Colmenares centró su labor minuciosa y atenta, que está siempre a la busca, a la «caza» del dato, que por minúsculo que sea, ya que cuantos más acumule mayor valor y rigor ha de tener su trabajo, mejor prefiere. Y así, hoy, al repasar aquellos en torno a la Casa de las Siete Chimeneas, a las Salesas Reales o a la Casa de Panadería, nos asombra su alarde erudito, que hace de los mismos obras a las que será difícil añadir, por mucho que se investigue en las bibliotecas y en los archivos, algo más de lo que sobre ellos nos ha dejado escrito su autor.

Frente a la vena lírica de Emilio Carrere y la historia poetizada de Pedro de Répide, el Conde de Polentinos es un historiador más rígido, menos para el gran público que aquellos otros. Su prosa es correcta, y está cargada de noticias exactas, de hechos y sucesos que han pasado tal cual son desde la crónica remotísima a las cuartillas, para formar artículos, monografías y libros.

También de vez en cuando D. Aurelio Colmenares dejaba su pluma de puro historiador y tomaba otra en que se aliaba este tono con el del articulista literario. En tales ocasiones, que no se repetían con frecuencia, nos daba trabajos como «El pino solitario de la calle de Alcalá», dotados de un singular encanto y una notable belleza.